

LA ÚLTIMA VEZ

Julia Grink

Hoy vi patos que buscaban comida, como siempre, bajando el pico sobre el agua. Desde donde yo los miraba, se veía su reflejo exacto en el lago. En ese espejo verde, moviéndose hacia abajo primero parecía que se besaban a sí mismos, luego me pareció que besaban algo que no era a ellos. Vaya a saber que hay en el agua oscura donde caen los rayos de sol queriendo penetrarla.

En estos días pude volver al parque, después de varios meses en los que estuvo cerrado.

Recordé cuando había visto por última vez a Emilio. Era un lunes de comienzos de marzo. Vino a buscarme como siempre, a la hora pautada para ir al parque.

Vi su sonrisa en la puerta de mi casa señalándome el sol. Fuimos rápido, casi contentos. Recuerdo que no quise hablar del asunto del que ya se hablaba por todas partes y que ambos conocíamos, aunque le pregunté como íbamos a seguir. Como sea, hasta que no se pueda más, me dijo. Vi en sus ojos un cansancio profundo que se hizo presente solo un instante, como un relámpago. Ahí donde entraba todo lo que nunca nos decíamos.



Heterocronías. Vol. 4, N° 1B. heterocronias@gmail.com

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



Cuando se iba, miré su mochila y su espalda; también sus piernas largas. Me quedé un rato tomando sol y todo pareció vaciarse. De repente, el parque era un páramo. Creo que ni el sol podía creer que yo aún siguiera allí. Los bancos vacíos, los árboles daban sombra para nadie y las flores que crecían en silencio, discretamente. De golpe, el parque, se convirtió un jardín secreto, en un lugar abandonado.

Decidí irme yo también aunque no estaba apurada, pero me intimidaba tanto silencio. Lo que siguió entre Emilio y yo, fue por las pantallas. Luchando con la intermitencia de las malas conexiones. A veces él se quedaba congelado en algún gesto, y parecía mirarme eternamente. Un poco me divertía, pero no volvimos a charlar como antes. Ni siquiera podíamos saludarnos bien, todo era un poco incómodo, un poco escaso, pero así fue como seguimos todos estos meses de aislamiento.

Ahora que el parque ha vuelto, he visto otra vez sus atardeceres y sus mañanas, las flores nuevas. Todo estaba ahí, pero sin Emilio. Al mismo tiempo, seguíamos en las pantallas y yo le relataba mis excursiones por el parque como si él viviera en otro planeta. Escuchaba atento y me hacía preguntas como si verdad viviera en otra galaxia.

A la sombra de árboles inmensos o de cara al sol fuerte de noviembre, tuve la impresión de que todo esto marcharía mejor si pudiera empezar a escribirle cartas. Claro que, bajo la forma de mails, ya que nuestros tiempos de pantalla eran tan acotados, tan limitados en muchos sentidos que no me alcanzaba para decirle algunas cosas. Y sobretodo, porque siempre me resultó más fácil escribir que hablar.

Y así fue como empecé a escribirle y también a enviarle fotos., cada vez que regresaba del parque. Esas fotos eran estudiadas, pensadas, buscaba el encuadre, la luz, la imagen perfecta de aquellos lugares por los que habíamos pasado. Primero enviaba las fotos y luego las cartas.

Las cartas

Querido Emilio: ¿Sabes que hay rosas nuevas? Estas son más pequeñas, me imagino que las deben haber plantado en esos días que no estuve viniendo porque me dolía la cabeza ¿Te acordás? Seguro que si, porque vos te acordás siempre de todo, no sos como yo. Estas las plantaron cerca del lago, justo detrás del banco donde hago gimnasia cuando vengo sola, que ahora es siempre. Te estoy mandando algunas fotos, no todas salen bien y no

te quiero saturar. Te mando las mejores. Tal vez en otras cartas pueda contarte más cosas. Hay demasiada gente ahora, aún los días de semana.

Los mirlos vienen como siempre, se me acercan mientras hago gimnasia. Los miro y los veo violetas, como vos decías. Me decías: Esos pájaros violetas se te acercan, te buscan cada vez que venimos. Los patos nuevos nacieron en mayo, igual que el año pasado cuando me anunciaste la llegada de quien aún no sabías el nombre. De ese día me acuerdo tanto porque no supe de qué manera disimular la emoción, no me gusta que me veas llorar, es peor que estar desnuda. Pero cuando te fuiste, y ya pude divisar que tu mochila se alejaba moviéndose un poco hacia arriba de tu espalda, ahí lloré tranquila. Elongué un poco y me fui. ¡Ay! ¡De esto te estás enterando recién ahora! No importa, en la próxima carta sigo contándote porque en las video llamadas nunca tengo el tiempo necesario como para explicarte bien las cosas.

Hola Emilio, ayer me dijiste que me veías muy cansada y tenías razón. Hoy intenté llegar al parque y no pude, te estoy escribiendo desde el bar. Se me acaba de acercar un pájaro marrón de panza amarilla. Este tipo de pájaros no se acerca tanto como las palomas que hasta se suben a la mesa y picotean lo que haya, son invasivas, están acostumbradas a la prepotencia urbana.

La última vez que pude llegar al parque, hace unos días, me dieron ganas de subir por el puentecito que subíamos casi corriendo ¿te acordás? Esta vez quise subir despacio, como saboreando el trayecto. Pasé muy cerca de la estatua de la mujer alada a la que llamo mujer Wim Wenders. Ella mira más allá del parque y de nosotros, aunque nunca me animé a mirarla muy de cerca. Ya del otro lado y sentada en la sombra, en uno de los bancos, recordé lo que nos había pasado una vez a punto de subir al puente. De esto no creo que te acuerdes.

Íbamos caminando de cara al sol de noviembre, a paso rápido, buscando sombra y, mientras subíamos, apareció de repente una niña en patines que, distraída, se cayó al suelo justo en la bajada. Escuchamos su llanto y entonces fuiste a ayudarla; la tomaste en tus brazos para que se incorpore sin dejar de mirarla. Ella entonces sonrió y se tranquilizó de inmediato, luego se dirigió hacia su padre que la esperaba unos pasos más atrás. Seguimos nuestro camino, aunque la imagen de esa niña se quedó adherida en mi pensamiento. Tus brazos ayudándola, tu mirada sosteniéndola.

Hola Emilio, quería contarte que hoy finalmente pude venir. Hacía tantos días que no podía llegar que me pareció algo extraordinario poder estar acá. Hoy está fuerte el sol, más bien busco la sombra del otro lado del lago donde solíamos ir cuando llegaba noviembre. Veo profesores de gimnasia con sus grupos de gente en barbijo que se lo bajan para poder respirar en algunos ejercicios y veo las clases particulares también. Los ignoro, no me importan. Hasta música fuerte necesitan poner para poder hacer gimnasia y sentirse enérgicos. Todo muy ridículo. Tengo que contarte algo que te va a hacer reír. Si hoy me hubieras visto buscar desesperadamente las gomitas para sujetar el pelo en mi bolso, no lo hubieras podido creer. Estuviste casi un año entero intentando convencerme de que las usara y como yo no tenía esa costumbre, como nunca las use ni cuando era adolescente, entonces no te prestaba atención en eso. Hasta tuve un sueño por esos tiempos: Todos mis amigos iban con gomitas en el pelo; estábamos en una especie de baile popular en la calle y se festejaba el fin de algo, podría ser de la pandemia porque estábamos todos sin barbijo. Me impresiona comprobar que llevaban el pelo atado hacia atrás con gomitas de distintos colores hasta que descubro que vos estabas en una especie de tarima, como un maestro de ceremonias y eras quien las repartía a la gente que iba llegando. Este sueño fue después de que me compraras algunas y así empezó esto que ahora ya no puede parar: Tengo de diversos colores y sigo comprándome, no puedo estar en el parque si no tengo el pelo atado. También empecé a ir a otros lugares con el pelo en colita hacia atrás, es tan cómodo que lo adopté como forma de peinarme.

Hola Emilio, hoy estaba tan nublado, una cortina blanca detrás del lago y de la mujer Wim Wenders como si fuera un telón de una obra de teatro. Otra vez los gimnastas con su música estridente y su alegría impostada. Me pregunto que quedará de este parque si seguís sin venir.

